CAPÍTULO III. *Que trata del acrecentamiento de la predicación y bautismo que hubo en los pueblos de esta laguna mexicana*

OS LEGUAS DESTA CIUDAD DE MEXICO, y otras dos de la de Xuchimilco, cae la villa de Coyohuacan, cuyos moradores, luego que supieron la salida del santo fray Martín y su compañero por los pueblos sus vecinos, fueron a pedirle los visitase y consolase con la nueva doctrina que les predicaban, y así lo hizo el santo religioso; que luego de Xuchimilco se vino a Coyohuacan, donde fue recebido como en el primero, y siguieron en éste el estilo que en esotro, con el mismo espanto y admiración de ver el ánimo grande con que los indios se ofrecían a cuanto les mandaban, en orden de las cosas que se les decía ser necesarias para el bautismo y su salvación. Era tanto lo que estos apostólicos ministros se ocupaban en estos evangélicos ministerios, que apenas tenían tiempo de comer, ni de dormir por la multitud que ocurría al bautismo y predicación. Como dice San Marcos,[1] del tiempo de la primitiva iglesia, que eran tantos los que iban y venían, que parecían sin número, que apenas tenían lugar ni tiempo para comer.

Algunos de nuestros españoles o castellanos ha habido que, teniendo en poco el trabajo de los primeros evangelizadores desta iglesia, han querido decir que su cansancio no fue mucho, en reducir a estas gentes al evangelio; porque ellos se vinieron como cabras, unos tras otros, queriendo ir todos por donde los primeros fueron, no habiendo cosas prodigiosas ni de maravillas en su conversión. Pero pudiéramos aquí responder lo que Cristo nuestro señor a los otros fariseos mal intencionados. Esta generación mala y adúltera busca milagros. Por ventura (pregunto yo) ¿no es milagro muy grande que Dios hace mover un corazón empedernido, y de piedra dura hacerle cera blanda, y dar tanta fuerza a la palabra de un hombre que con ella mueva a otro hombre a que no siga el parecer que hasta entonces ha tenido, sino que disuadiéndose dél se persuada a lo que el otro le ha dicho siendo entrambos hombres y pudiendo éste, que ya sea persuadido a opinión contraria, pedir al otro que siga la suya? Pues en qué consiste esta mutación, sino en lo que dijo el otro santo hombre *Hæc mutatio Dextræ Excelsi,* no puede ser sino del poder inmenso de Dios, todo poderoso.

Probemos esta verdad con lo que acaeció a San Padro,[2] el día de Pentecostés, donde habiendo bajado sobre él y todos los demás apóstoles el Espíritu Santo, y habiendo puesto fuego de eficacia en sus lenguas, comenzaron a predicar y a enseñar el camino del reino del cielo, hablándoles a todos en sus lenguas (que no disputo agora si fue una lengua o muchas, pero finalmente era en aquella que cada cual entendía) y como todos se

[1] Marc. 6.
[2] Math. 16.

admirasen del repentino suceso algunos de los que tienen la calidad de la araña, que de la miel sacan ponzoña, no queriéndose persuadir con ignorancia rasa, y cometida a sabiendas y de malicia, dijeron que era parla de mosto y no de hombres de juicio. Entonces San Padro tomó la mano por todos y como la palabra era de Dios y en defensa de su honra, diole tal espíritu que los convenció y probó no sólo no ser lenguaje, el que hablaban de hombres tomados de vino, pero muy ordenado del Espíritu Santo que movía sus lenguas.[3] Y concluye con decir: Esto sepa Israel, con grandísima certidumbre y verdad, que todas estas cosas que os decimos y predicamos son verdades verificadas en Jesucristo, al cual vosotros crucificasteis. Certifica el texto sagrado que oídas las razones de San Pedro se compungieron de corazón y dijeron a San Pedro y a los otros apóstoles: ¿Qué hemos de hacer varones, hermanos? Respondióles San Pedro: Haced penitencia y bautícese cada uno, en el nombre de Jesucristo, en remisión de todos vuestros pecados, y recebiréis el don del Espíritu Santo, que es la gracia.

Por amor de Dios, me digan, los que hablan con pasión y con más ánimo de hablar que de saber lo que hablan: a la moción del Espíritu Santo, ¿qué milagros son menester para un corazón herido de la mano misericordiosa de Dios? ¿Qué fuerzas naturales bastan? Verdad es que hay resistencia humana; pero no que baste a vencer la vocación eficaz divina, pues ¿por qué no ha de ser de merecimiento en estos apostólicos ministros trabajo tan inmenso como tomaron en reducirlos a la fe? Por ventura, todas las conversiones de los hombres, ¿han de ser de milagros vistos y hechos? La Magdalena no dice el evangelista que se convirtió por haberlos visto obrar, sino porque Dios le tocó al alma, que es el mayor milagro. Lo cual hizo en estas gentes indianas; y éstos son los milagros que más obran, porque los que hace Dios visibles, muchas veces no mueven, ni aun aquellos por quien se hacen; porque hartos hizo Cristo nuestro señor en presencia de los fariseos y fue como si no los hiciera. Y los otros diez leprosos los vieron en la sanidad de su lepra, y sólo uno vino reconocido a dar gracias por ello. De manera que uno de los mayores milagros de Dios es la fuerza que pone en su palabra para vencer con ella los más elocuentes y sabios del mundo. Y esta palabra es la que obra, ordenada toda a la pasión y fe de Jesucristo, por cuyo conocimiento y fe se camina al cielo; y así les dijo luego San Pedro: A vosotros y a vuestros hijos se hizo esta repromisión y para tapar las bocas de los maldicientes y gentes mal intencionadas, dice: no sólo a vosotros y a vuestros hijos, sino también a todos aquellos que están lejos (conviene a saber) en tierras longicuas y apartadas que, aunque se entiende de los gentiles en general, muy especialmente debe entenderse destas gentes, que estaban remotas y apartadas del conocimiento de nuestras gentes, y de su comunicación, por cuyas puertas se les entró Dios con su evangelio, llamándolos para sí (como prosigue luego el apóstol) nuestro señor Dios.

Pues agora veamos ¿qué efecto se siguió desta predicación y plática del

[3] Ac. Apost. 2.

vicario de Cristo nuestro señor, San Pedro? Que se convirtieron aquel día y se bautizaron tres mil dellos. Pues esto mismo sucede en esta iglesia indiana, que se convierten a la voz del evangelio, predicado por el santo fray Martín y su compañero, el uno orando y el otro predicando; no tres mil personas solas en un día, pero mil veces mil y muchas más; y como acullá eran perseverantes en la doctrina de los apóstoles, aquí lo eran en la destos frailes apostólicos; que no contradice a esto haberse vuelto algunos a la idolatría después de haberse bautizado; que, como dice el Filósofo, de cosas singulares no hay ciencia, y la ley no deja de serlo porque uno ni dos la quebranten y se vuelvan atrás de lo que en ella prometieron. Y si Acxotecal, señor de Atlihuetza, retrocedió y otros algunos, después de haber recebido el bautismo, no por esto de deja ser trabajo digno de alabanza el destos benditos religiosos y conversión verdadera la de los muchos que quedaron perseverantes en ella.

Estando en este pueblo y en el otro antes, vinieron de otros muchos a llamarlos para que les predicasen y enseñasen la ley de Dios y los bautizasen y que les hiciesen misericordia (que éste es su modo de hablar cuando piden algo que mucho desean) cumpliéndose en esto lo que en la conversión de la primitiva iglesia cada día sucedía, enviando por los apóstoles y discípulos de unos pueblos a otros. Con este fervor y espíritu anduvieron estos dos apostólicos varones por todos estos pueblos de la laguna dulce, que son ocho principales, y cabezas de otros pequeños que les son sujetos. El pueblo que más diligencia puso para llevar los frailes para que los enseñasen, y en ayuntar más gente y en destruir los templos de los demonios con más voluntad, fue Cuitlahuac, que es un pueblo fresco y todo él fundado sobre agua; a cuya causa los españoles, la primera vez que en él entraron, lo llamaron Venezuela. En este pueblo estaba un buen indio que de tres señores que en él había, él solo (como mas prudente y avisado) lo gobernaba todo. Éste envió a buscar los frailes, por dos o tres veces, y llegados allí no se apartaba dellos, antes estuvo gran parte de la noche preguntándoles cosas de la fe y oyendo con mucha atención la palabra de Dios. Otro día de mañana, ayuntada la gente, después de misa y sermón y bautizados muchos niños, de los cuales los primeros fueron hijos y sobrinos deste gobernador, él mismo principal, con mucho fervor y ahíncadamente pidió al padre fray Martín que lo bautizase, porque él renegaba de los demonios que lo habían tenido hasta allí engañado y quería ser siervo del redemptor del mundo, nuestro señor Jesucristo. Vista su devoción e importunación, y conociendo ser hombre de mucha razón, y que ya entendía lo que recebía, catequizáronlo y luego lo bautizaron, y le pusieron por nombre don Francisco. Este cacique, entre todos los demás, dio muestras de grande cristiandad; porque mientras él vivió aquel su pueblo hizo ventaja a todos los de la laguna por su buen ejemplo y gobierno, y envió muchos niños al monasterio de San Francisco de Mexico; y tanta diligencia puso con ellos en que aprovechasen, que precedieron a los que muchos días antes se estaban enseñando. Y demás de otras iglesias que hizo edificar, fundó una de tres naves en la cabecera y pueblo de Cuitlahuac, a honra del bienaventurado San Pedro,

príncipe de los apóstoles, donde al presente residen religiosos de Santo Domingo, en un muy principal monasterio.

Deste don Francisco cuenta el venerable padre fray Toribio que, andando un día muy de mañana por la laguna, en un barquillo de los que ellos usan, oyó un canto muy dulce y de palabras muy admirables, y que el mismo religioso las tuvo escritas, y muchos cristianos las vieron, y juzgaron que aquel canto no había sido sino canto de ángeles, y certificábanse más en ello por haber conocido en aquel indio tan grandes muestras de cristiandad, desde los principios que recibió el bautismo. Y aun dicen que desde este día que oyó este canto fue creciendo y aprovechando mucho más en ella, hasta que llegó la hora de su fin en la última enfermedad, en la cual pidió el sacramento de la confesión, y confesándose con mucho aparejo y cuidado, y llamando siempre a Dios verdadero, murió como fiel cristiano.

CAPÍTULO IV. *De la ciudad de Tetzcuco y su comarca, y cómo crecía el fervor de venir al bautismo*

EN EL AÑO TERCERO DE LA VENIDA de los religiosos franciscos, que fue el de veinte y seis, comenzaron en la ciudad y reino de Tetzcuco a acudir, con fervor, a las cosas de su salvación; lo cual hasta entonces habían hecho muchos de ellos con tibieza, o ya porque el demonio, que los traía engañados, los incitaba a ello, o ya porque estaban persuadidos a que los castellanos (como hemos dicho) se habían de volver a sus tierras y dejarlos; aunque la causa más eficaz y fuerte que yo hallo, es que Dios no les había hablado hasta entonces al alma con la eficacia necesaria, y que conviene, para que todo corazón se volviesen a él. Porque, aunque como dice el profeta, nuestra perdición comienza de nosotros, porque para volverse un hombre al mal y al pecado basta el libre alvedrío, sin el auxilio de la gracia, el volvernos a Dios es favor y merced suya, y sin él no podemos hacer nada, como dice luego el mismo profeta: Tu auxilio y favor de mí tan solamente comienza. De aquí infiero yo que fue favor que el padre universal de las gentes y Dios misericordioso y celador de nuestras almas les hizo, comenzando a entrárselos por el deseo, y a mover los hijos que habían de ser desta indiana iglesia, para que comenzasen con fervor a venir a ella; y así fue que movidos del llamamiento de Dios, comenzaron con mucha frecuencia a venir a la iglesia del monasterio poniendo mucha diligencia y cuidado en aprender y saber todos la doctrina cristiana; y tras desta enseñanza y catequización, que se les hacía, recebían muchos el bautismo. Deste buen ejemplo y fervor iban otros pueblos recibiendo calor; y como la provincia de Tetzcuco era muy poblada en el monasterio, y fuera dél, no se podían valer ni dar manos los religiosos que allí residían entonces. Bautizáronse muchos del mismo Tezcuco y de Huexotla, Coatlychan y Coatepec, que eran señores muy poderosos y de mucho número de gente,